

igualmente sus flores, ganadas a duras penas por sus cuidados y trabajos. Se esboza aquí el paso de la «catarsis por el amparo» a la purificación por el trabajo, que se celebra siempre bajo el signo de la pureza.

Este tránsito se acompaña de un visible aumento del papel que desempeña «el otro» en cada catarsis. La necesaria asociación del salvador con el salvado se nota más en el aprendizaje de Martín, a quien el camionero Bucich—verdadero maestro de vida auténtica—enseña la dignificación del hombre mediante el esfuerzo útil, las duras faenas del Sur. No sabemos lo que Martín hará allá, pero podemos suponer que será algo concreto, positivo, junto con los otros y para los otros. Algo semejante a la construcción de diques para arrancar tierra al mar, imaginada por Goethe. Semejanza, pero no identidad. A diferencia de la solución faustiana, la catarsis de Martín no es tanto un problema axiológico (hallar el *höchstes Glück der Erdenkinder*) como un drama humano y desesperanza, dentro de los cuales, naturalmente, vislumbramos—ésta es la catarsis—el sentido profundo de la existencia. En la obra de Sábato, la salvación por el trabajo puede quedarse en mera aspiración, en forma hipotética, pero no por ello menos significativa. Amenazado por las falsedades (e incluso por los éxitos) de la vida literaria, para no convertirse en payaso, Sábato piensa en cierto momento en dejar todo y poner un tallercito mecánico en algún barrio desconocido de Buenos Aires.

En la catarsis proporcionada por la pureza heroica, «el otro» acrecienta aún más sus dimensiones y su importancia: cobra forma de grupo y se convierte en protagonista. Grupo todavía pasivo en el caso del pelotón durante la noche y activo en el de la lucha común por una gran causa. En el primer caso, la pasividad es sólo parcial, porque hay un centinela. Sábato vuelve varias veces sobre la situación patética y ejemplar del que vela por el pelotón, defendiendo con el arma la vida y *los sueños* de sus camaradas. Más compleja y poderosa aún es la catarsis en los soldados de Lavalle y en los guerrilleros de Che Guevara. Los primeros habían luchado por una patria grande y libre, los segundos se habían alzado por un mundo más justo. Unos y otros atraviesan un infierno de sufrimientos y muertes, pero se purifican mediante los sacrificios que hacen los soldados del prócer argentino para salvar los huesos de su jefe llevéndolos a Bolivia y los guerrilleros para conservar la imagen irradiante de Guevara. Por su valor y lealtad, todos «se gradúan de hombres», redimen la dignidad de toda la humanidad. Los elementos de la grandeza trágica—el horror y la compasión—se dan en ambos casos más claramente que en cualquier éxtasis. Sábato supera de nuevo el esquema clásico: en cada

componente crea un clímax difícilmente imaginable en otro autor. En la retirada de los ensangrentados y harapientos fieles a Lavalle, la salvación alcanza su cenit en el «horror sublime» —la descarnación del cadáver podrido del general para poner a salvo sus huesos— y en el exterminio de los guerrilleros la catarsis culmina en «la profanación purificadora» —el cortar las manos de Che Guevara ya muerto—. Asoma aquí otro género, sabatiano, de lo sublime y otro estatuto: escarnecido, ensuciado, y por eso mismo más conmovedor, más resplandeciente.

Si las tres clases de catarsis hasta ahora examinadas se desenvuelven en el plano de la vida y de la acción, la salvación de los personajes meditativos se mueve, como es natural, en el plano del pensamiento, de la reflexión sobre la vida. Lo curioso es que estos pensativos, cuyo prototipo es Bruno, patentizan un *crescendo* catártico muy suyo, bastante diferente de las estructuras conocidas hasta ahora. Este acercamiento progresivo a la salvación parte, en el caso de Bruno, de sus fracasos y renunciaciones vitales en el amor, en la literatura, en la acción política. Sus calidades de pensativo deberían darle la conciencia exasperada de sus derrotas y hacer de él un resentido, un rencoroso. Es lo contrario que ocurre. Su lucidez no hiere, sino cura; no amarga, sino apacigua. Una vez explicados y comprendidos, sus fracasos adquieren una diafanidad, una hermosa, sí, una hermosa transparencia que permite a sus calidades del corazón aparecer y actuar mejor. Un meditativo, pues, que se consuela con nobles satisfacciones emotivas. Consuelo, satisfacción pueden preparar la catarsis, pero no *son* catarsis. Purifican, pero no salvan porque no abren la vía real hacia un valor supremo, no absolutizan. Eso ocurre sólo al recuerdo, a la memoria que, en Bruno, confiere una clase de eternidad.

Porque la memoria es lo que resiste al tiempo y a sus poderes de destrucción, y es algo así como la forma que la eternidad puede asumir en este incesante tránsito (*Sobre héroes y tumbas*, p. 195).

En toda esta construcción, ¿dónde está «el otro»? En el fin del movimiento *crescendo*, porque en su madurez Bruno ayuda también a otros, a Martín, a recordar y comprender. Penetra hacia lo fatídico y lo descifra llevando por la mano a su amigo, con una sabiduría autumnal que ampara y consuela. Notemos finalmente que la *catarsis por la memoria* meditativa lucha contra el mal, quizá supremo, del olvido.

La última y más alta forma de catarsis se sitúa en el plano valórico y se funda en el éxtasis artístico, en las virtudes de las grandes

obras, sobre todo de las atormentadas e inquietantes que rescatan y salvan al hombre, revelándole los problemas profundos de su condición y ofreciéndole una forma perenne y universal de plenitud. Aquí «el otro» se ensancha hasta integrar no sólo a las masas de hoy, sino también, potencialmente, a la humanidad entera. Una unanimidad que puede presentarse, naturalmente, de modo exponencial.

Cualquier historia de las esperanzas y desdichas de un solo hombre, de un simple muchacho desconocido, podía abarcar a la humanidad entera, y podía servir para encontrarle un sentido a la existencia, y hasta para consolar de alguna manera (...). Pero este milagro era posible (*Abaddón, el exterminador*, p. 16).

Del brillante polivalor del arte preconizado y realizado por Sábato vamos a desprender dos funciones históricas y dos ónticas, advirtiendo que esta vez la salvación se obtiene—si queremos quedar fieles a la totalidad concreta del hombre—mediante *la convergencia de todas las valencias del arte*. Esta convergencia estriba en el hecho de que Sábato moldea y modifica de modo original cada una de las funciones, y las modificaciones conllevan incidencias sobre el complejísimo y multifacético fenómeno de la catarsis.

La primera función del arte, terminantemente afirmada por el novelista, es la *testimonial*, pero no un testimonio mimético, exacto, descriptivo de ciertas y limitadas circunstancias reales, sino uno patético, desgarrado, revelador de toda la existencia, en su profundidad. Esta «verdad sobre el cielo y el infierno» ofrece la materia prima e insta a las direcciones de la catarsis. Es más que un escenario, y el escritor, como Gran Testigo, tiene algo de mártir y de profeta. Eso no quita en absoluto la eficacia de la segunda función del arte: la de *promover el cambio*, un cambio capaz

... de asegurar la justicia para los desheredados y el desarrollo material que permita instaurarla. Porque sin ello tampoco hay en nuestro tiempo una auténtica libertad (*Apologías y rechazos*, página 163).

El escritor debe asumir e incluso adelantarse a las aspiraciones colectivas: es él quien debe soñar por todos o, dicho de otra manera, debe elevar los sueños de todos a la categoría del arte.

En cuanto a las funciones ónticas, cabe destacar la apuesta que el verdadero artista gana en sus obras: *expresar la infinitud en formas finidas*. Inolvidables son, en este sentido, las páginas sabatianas en que la contemplación del universo desencadena la dialéctica entre el cielo estrellado, bóveda esplendorosa e incorruptible, y la vida

hecha de lodo, sangre y fuego, donde pululan, en agitación browniana, los demonios y las furias. Con eso llegamos al meollo de la *función salvadora* del arte, que consta de la lucha y expulsión de los demonios mediante la expresión, mediante el lenguaje. El último sentido de la existencia humana, consagrada por el arte, reside en el poder del hombre de comunicar a los demás y con los demás para purificarse y salir de la noche. Lo que quiere decir que el hacerse el hombre por él mismo alcanza la plenitud en la catarsis, pero una catarsis que supone, como hemos visto, la terrible travesía del mal. Los más luminosos y apolínicos creadores —pensamos en Goethe— no permanecen en la memoria y el corazón de la humanidad sino después de haber encontrado y enfrentado fáusticamente a Mefistófeles, con la esperanza de que «Judas termina siempre por ahorcarse» y «el dragón será por fin encadenado».

PAUL ALEXANDRU GEORGESCU

Universidad de Bucarest  
Poiana Narciselor, 7  
70718 Bucarest  
RUMANIA